

SUMARIO

Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—*Organización y defensa de las posiciones fortificadas de campaña*.—*Generales de Napoleón*.—*Una alocución*.—*Nuevo concepto de la enseñanza militar*, por Antonio García Pérez, capitán profesor en la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.

BIBLIOTECA

Pliego 6 de «Manual de primeros socorros médicos en paz y en campaña.»
Pliego 33 de «Topografía Militar», por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.
Pliego 7 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg.
Pliego 6 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

VII.—*La ofensiva y la defensiva*

Las enseñanzas, casi del todo negativas, de nuestras guerras civiles y coloniales; nuestro carácter apasionado y fácilmente inflamable; la influencia ejercida por ideas que nos llegan de Francia y Alemania; y también el estudio ligero y las descripciones efectistas de los grandes hechos realizados por el genio de la guerra de la edad moderna, todo ha concurrido para que nos forgemos un concepto de la defensiva completamente equivocado. Confundimos á menudo la defensiva táctica con la defensiva estratégica, y sólo por rara casualidad nos percatamos alguna vez que la verdadera y eficaz y provechosa ofensiva reside, más que en los métodos tácticos, en la voluntad inquebrantable del que manda.

Se acepta por todos como principio inconcuso que la ofensiva es el procedimiento de la victoria y que la defensiva conduce indefectiblemente á la derrota; y sin profundizar más, ni detenernos á examinar la aplicación del principio á los diferentes casos que pueden acontecer, lo extendemos á todos y resolvemos de plano la cuestión en el sentido de que la ofensiva conveniente es la que puede emplearse dentro de los límites de la táctica elemental: error que se ha extendido en todos los ejércitos, pese á las enseñanzas de la realidad.

La ofensiva absoluta implica, lo mismo en el terreno de la estrategia que en el de la táctica, una superioridad material casi siempre y una supremacía moral siempre; pero ni aquella superioridad, ni esta supremacía dependen sólo de los elementos y del deseo propios, sino en igual grado de la fuerza y voluntad del enemigo.

Bien está que los alemanes, más fuertes que sus posibles adversarios y teniéndolo todo dispuesto para concentrar sus fuerzas en cualquiera de sus fronteras, preconizen la ofensiva y enderezen la educación militar de sus generales y tropas á poner en práctica aquel método. Pase también que los franceses, con una organización casi tan perfecta como sus vecinos y con una existencia nacional más próspera y firme, traten de imitarles; pero ¿qué se diría si los daneses ó los belgas infiltraran en sus ejércitos la creencia de que solo en la ofensiva podría encontrar la salvación el país, en caso de guerra? ¿No sería absurdo que los serbios, por ejemplo, tomasen la ofensiva é invadiesen Austria, si estallaba un conflicto entre las dos naciones, provocando el desastre de sus propias armas y abandonando y despojándose de los auxilios que podrían favorecerles? Pues lo mismo acontece con la ofensiva táctica. El gran maestro de la ofensiva, Napoleón, ¿no acudió á la defensiva cuando el adversario era notoriamente más fuerte, sin perjuicio de atacarle después?

Gran cosa es la ofensiva; pero antes de aceptarla de un modo general y de fundar en ella todo el edificio de la instrucción, menester es estudiar si esa ofensiva será ó no será siempre posible.

Concretándonos al concepto táctico, ¿fué posible la ofensiva en Santiago de Cuba, en Manila, lo sería siempre si estallaba una guerra con nuestros vecinos continentales, apoyados los del O. por otra potencia? Sin salirnos del ejército alemán, ¿asumió la ofensiva el general Werder en la batalla de Lisaine? ¿Se han valido exclusivamente de esta forma de combate los franceses en la frontera argelino-marroquí y en los territorios de Casablanca?

La ofensiva ha de estar, repetimos, en el pensamiento y en la voluntad del general en jefe, quién para imponerla habrá de valerse en ocasiones de la defensiva táctica. Antes que nada, la guerra es el choque entre dos voluntades puestas al servicio de dos entendimientos; dentro de este concepto, es cuando la ofensiva reviste toda su importancia y adquiere un alcance decisivo; pero creer que la ofensiva resolutive de la guerra es la que no se sale de la esfera del batallón ó regimiento, es sencillamente pueril en teoría y altamente funesto en la práctica.

No está en nuestra mano evitar que seamos más débiles que Francia, Alemania, Italia, etc., y por consiguiente lo que debemos hacer es valer nos de todos los medios y procedimientos que puedan contribuir á restablecer el equilibrio que, desde el momento mismo de iniciarse las hostilidades, aparecerá roto en contra nuestra; y para ello no hay otro método táctico que el de la batalla defensiva terminada por un contraataque, sin perjuicio de aplicar la ofensiva resuelta ó la defensa pasiva cuando lo impongan las circunstancias. La defensiva, en efecto, es la forma que permite conservar las fuerzas propias, destruyendo las del adversario, por lo que es la única capaz de igualar á dos ejércitos de diferente fuerza,

moral y material, poniendo al más débil en condiciones de atacar á su enemigo una vez lo haya quebrantado rechazando sus ataques.

Las ideas exóticas, el extrangerismo que domina é infesta nuestra literatura militar, y en la práctica la condición especial de nuestros adversarios más recientes, partidarios é insurrectos, han dado por resultado que se haya perdido la noción exacta de lo que es y debe ser la ofensiva. Esta priva y reina tiránicamente en nuestros métodos de instrucción, dándose la particularidad que si en el detalle, en la acción insignificante, no admitimos mas que la ofensiva, en cambio, por raro contraste, la acción directiva se resiente y peca de timidez. De esta manera, han quedado invertidos y trocados los dos aspectos fundamentales de la cuestión.

La práctica constante de la ofensiva en los ejercicios tácticos, ha relegado á un lugar secundario lo que atañe á la defensiva, la cual solo suele aparecer en los temas de doble acción, ó sea, cuando es indispensable, y aun entonces, más para que resalte la eficacia de la ofensiva que para ejercitar el método antitético. Este sistema de instrucción, tan contrario á la realidad, no puede en modo alguno preparar al ejército para llenar bien sus deberes en una guerra formal, porque al comenzar esta habrá de empezar por destruir lo hecho, edificando frente al enemigo unos métodos contrarios á los aprendidos en la paz.

No paran en esto los perjuicios, alcanzan á algo que se puso patente en la campaña del Rif, y constituye una seria advertencia.

Vemos efectivamente en los primeros combates librados en campo abierto, una ofensiva de detalle apresurada, rápida, á veces prematura, que no es ni más ni menos que la aplicación frente al enemigo de lo ejecutado repetidamente en la paz. La superioridad numérica del enemigo, su conocimiento del terreno, lo desfavorable de este á nuestras armas y otra porción de concausas, algunas ya explicadas, detuvieron esa ofensiva contra nuestra voluntad y la trocaren en defensiva, apareciendo en aquel mismo instante dos factores que nos fueron funestos: 1.º acostumbrado el soldado á ver en la paz que la ofensiva simulada resultaba siempre triunfante, al ser detenido, más que rechazado, por un enemigo real, se desmoralizó y perdió la confianza en si mismo y en lo que había aprendido; 2.º desarrollada con precipitación la ofensiva, sus fases, los *tiempos* es más gráfico, de ella se adelantaron á lo que imponía la situación del combate, de donde resultó que al interrumpirla, para adoptar la defensiva, se había perdido el orden y escalonamiento tácticos, sin que fuera humanamente posible oponer al adversario el dique que una ofensiva metódica tiene preparado á todo evento por si llega el caso de tener que interrumpirla ó ponerle término definitivamente. De esta suerte, en el punto mismo de fracasar nuestra ofensiva táctica, se perdió conjuntamente con la fuerza moral la material producida por el apoyo y concierto de los diferentes elementos de la línea

de batalla, es decir, que se pasó á la defensiva cuando el atacante había ya llegado en sus formaciones y disposiciones al último período de la lucha, el del asalto, á pesar de que la situación ni estaba definida ni apenas habíase terminado la fase inicial del combate.

Claro es que el mando en todas sus jerarquías se acomodó instantáneamente al nuevo estado de hecho, pues poseía conocimientos sobrados, serenidad y valor, pero no aconteció lo mismo con las tropas, y lo que debió ser una pausa momentánea, ó á lo sumo un pequeño movimiento de retroceso, degeneró en retirada completa, no teniéndose que lamentar un descalabro importante gracias á la abnegación y á la ejemplar conducta de los oficiales.

El período que siguió á esas primeras operaciones, en el que predominaron los convoyes y la defensa pasiva de posiciones atrincheradas, acabó de hacer patente los inconvenientes de la educación exclusivamente ofensiva del soldado. Este no se hallaba acostumbrado á utilizar los atrincheramientos de campaña, ni menos aun había aprendido á servirse de ellos como medio y no como fin, por lo que al encontrarse abrigado tras los parapetos y paredes de reductos y blockhaus, no pudo menos de comparar la diferencia entre exponerse al fuego certero y dominante de los moros en el fondo de barrancos y en laderas descubiertas, y rechazar al enemigo batiéndolo al amparo de reparos artificiales. Como consecuencia, atribuyó á la fortificación más importancia de la que realmente tiene, desnaturalizó su verdadero objeto, cobró afición á interponer entre su cuerpo y el tiro del adversario una masa protectora, y pasó sin transición su ánimo de la ofensiva audaz á la defensa pasiva. Lo mismo acaeció con los convoyes, mirados al principio con repugnancia, con inquietud, porque la defensiva empleada en dichas operaciones no quedaba cubierta por atrincheramientos de campaña, y se buscaba instintivamente algo que los supliera.

En estas condiciones, tan poco favorables al éxito de nuestras armas, comenzó el mes de agosto. Treinta días después, el soldado había recobrado su tranquilidad de espíritu, se hallaba más pujante que nunca la fuerza moral y la confianza en sí mismos, las tropas utilizaban la fortificación y el terreno y abandonaban los abrigos á la primera indicación para mostrarse y continuar el combate al descubierto, se detenía un avance y se emprendía la retirada sin que se descompusiese el orden, ni se amilanaran los espíritus, se mantenía la disciplina del fuego y no se malgastaban las municiones,.... el ejército se plegaba á todas las situaciones, y respondía perfectamente á las necesidades del caso. La labor iniciada por el comandante en jefe y secundada y desenvuelta por los generales, jefes y oficiales á sus órdenes fué verdaderamente prodigiosa, y constituye á nuestro juicio uno de los mayores méritos que se descubren al estudiar en su conjunto la campaña. Esta labor, fecunda y acertada, encontró su mayor premio en el soldado, porque este, bien dirigido y enseñado, volvió

á mostrarse lo que siempre ha sido, lo que solo dejó de ser accidentalmente: un soldado apto para todos los géneros de guerra, en todos los climas, cualesquiera que sean las circunstancias y sea el que fuere su adversario.

Si en un mes pudo hacerse lo que se hizo en los campos de Melilla, pese al durísimo servicio de campaña, ¿no podrá obtenerse un resultado análogo con la instrucción del tiempo de paz, compensando la falta de realidad de los ejercicios y los menores efectivos, con la mayor duración de la enseñanza y un trabajo más intenso y perseverante?

Para ello lo primero es apartarse de todo idealismo y dejar de copiar servilmente lo externo de los reglamentos y escritos extranjeros. Tan necesario es saber ejecutar la ofensiva como la defensiva, puesto que al encontrarse dos ejércitos, uno de ellos ha de mantenerse por la fuerza de las circunstancias en la segunda de aquellas dos situaciones; la instrucción ha de abarcar por igual los dos géneros de combate, evitándose cuanto pueda tender á inculcar prejuicios y creencias demasiado concretas en la tropa, dándole á entender, como así es la verdad, que la victoria no es patrimonio exclusivo de una forma determinada de combate, en lo que la inteligencia y la vista del soldado puede alcanzar.

Si tenemos en cuenta nuestro carácter é idiosincrasia, habremos de reconocer que nos interesa más practicar la defensiva que la ofensiva, por ser aquella más difícil y estar menos en armonía con nuestro modo de ser que ésta. Debiendo siempre que se pueda, en efecto, terminar la resistencia por un contraataque, se requiere en las tropas una elasticidad de procedimientos y una flexibilidad de espíritu tales, que las haga tan aptas para defenderse detrás de un parapeto como para abandonarlo en un momento determinado y lanzarse al ataque. Se necesita también que el soldado se acostumbre á la fortificación rápida, que sepa hacer trabajos sencillos y elementales, que se ejercite en la defensa y aprovechamiento de los atrincheramientos, haciéndole salir de ellos para ocupar nuevas posiciones ó variar de objetivos, una y otra vez y muchas veces, sin lo qué se incurrirá en el error de darle un concepto falso de la fortificación.

Aparte de esto, hablese y preconícese cuanto se quiera la ofensiva. Pero no está de más insistir en que la ofensiva salvadora y feliz, la que ha de servir de ejemplo, no es la encerrada en los preceptos de un reglamento táctico en la parte que se refiere á la sección y á la compañía, sino la que tiene sus raíces en el espíritu del mando en todas sus categorías; esa ofensiva se ejerce cualquiera que sea la forma de combate, y encuentra cabalmente en la defensiva de detalle, inteligente y bien conducida, ocasiones abundantes y favorables para ejercerse con éxito.

No confundamos las especies, ni empequeñezcamos cuestiones tan elevadas y de tan decisiva trascendencia. Nada tiene que ver la ofensiva de una guerrilla ó de una compañía encuadrada con el espíritu de acometivi-

dad y ataque que debe inflamar á todo el ejército; cuánto más vivo y ardiente sea ese sentimiento, tanto más necesario será ejercitarse en la defensiva táctica por las pequeñas unidades.

En resolución, á nuestro entender se impone un cambio radical en los principios que informan hasta aquí la instrucción general del ejército. A la timidez y prudencia que suelen resplandecer en la acción directiva de los combates simulados, debe reemplazar la resolución, la audacia, la tenacidad; y á la ofensiva invariable, monótona, sistemática, de las unidades tácticas, verdadera y única escuela del soldado, ha de substituirse la instrucción íntegra, que comprende tanto el ataque como la defensa, y muy en particular la combinación de ambas formas: instrucción que habrá de valerse para realizar sus elevados fines, de todos los recursos y medios auxiliares de que permite disponer la técnica moderna. Debiendo añadir que cuanto precede comprende á todas las armas y á su combinación de esfuerzos en el campo de batalla, y en este concepto es extensivo asimismo á las tropas de zapadores, que si se utilizan poco ahora, por estar menospreciada la defensiva, deben prestar también sus especiales servicios en el ataque y en la ofensiva, sea parcial ó total.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

ORGANIZACION Y DEFENSA DE LAS POSICIONES FORTIFICADAS DE CAMPAÑA

El comandante alemán Topfer, ha dedicado una larga serie de artículos á estudiar esa importante cuestión, que trata desde un punto de vista elevado y con notable sentido práctico. Resumiremos brevemente las ideas que entrañan más novedad ó revisten mayor interés.

Ante todo, es menester vencer la resistencia que oponen las tropas á todo lo que se traduce en remociones de tierras, falsa idea nacida de los hábitos del tiempo de paz; ha de abandonarse también la equivocada creencia de que todas las posiciones pueden ser envueltas, pues siempre es posible encontrar y organizar posiciones que sean de ineludible ataque. No se demorará la ejecución, bajo el pretexto de que tal vez no se utilicen las obras. Los atrincheramientos pierden gran parte de su valor si facilitan el-reconocimiento del terreno por el enemigo, y como nada lo favorece tanto como que los trabajos estén sin concluir al presentarse el adversario, conviene no perder tiempo en la preparación y organización de las obras.

La posición ha de poderse defender cualquiera que sea la dirección del ataque y el momento de emprenderlo; comete un verdadero delito el jefe que no hace cuánto está en su mano para economizar pérdidas durante

la batalla. Al escoger una posición, ha de tenerse presente que será eficaz á condición de que obligue el ataque, asegure al defensor el ganar tiempo y se preste á una acción ofensiva. Si la posición está mal organizada, es inútil cuando no peligrosa; el comandante en jefe debe indicar claramente desde el principio su objetivo; pero sin descender á detalles que no son de su competencia. Los oficiales de todos los grados, han de comprender que el poner en estado de defensa una posición, es una operación preliminar indispensable como la de cargar las armas, y que la ejecución de los trabajos sólo requiere un poco de buen sentido, algunos conocimientos tácticos y cierto tiempo; de esta suerte, ha de abolirse la costumbre de inmovilizar á los oficiales de ingenieros, poniéndolos al frente de fuerzas de infantería á la manera de capataces. Los zapadores tienen otras misiones más importantes que cumplir, incluso durante la batalla. La extensión de una posición depende de la fuerza total, de la moral de las tropas, de la forma del terreno, de las cualidades de las armas y de otros factores menos importantes; como principio general, puede admitirse que una división ocupe un frente de seis kilómetros. La división en sectores se hará del modo sabido, teniendo en cuenta la configuración del terreno.

Los trabajos que han de ejecutarse en una posición defensiva son los siguientes: 1.º Organización de los medios que faciliten la acción de las armas de fuego, preparación para el tiro de fusilería, ametralladoras y artillería; despejo del campo de tiro, puestos de observación. 2.º Reducción de los efectos del tiro enemigo, máscaras, trincheras de comunicación y abrigo, abrigos blindados, etc. 3.º Defensas accesorias y obstáculos contra el ataque próximo. 4.º Caminos interiores y de enlace.

En Alemania rige el principio de reunir todos esos trabajos en una sola línea, mientras que otros ejércitos se inclinan á distribuirlos en línea avanzada y posición principal ó de repliegue. La guerra ruso-japonesa ha demostrado la superioridad del primer método, sin que esto se oponga á establecer puestos avanzados en determinados puntos, tales como los de paso difícil y los más débiles.

Ha de separarse, no obstante, la posición de infantería de la de artillería, pues mientras esta última ha de ocupar las crestas ó el terreno posterior á estas, la primera ha de colocarse más avanzada para proteger á la artillería. La distancia entre ambas será de unos 600 metros como promedio, pero dependerá de la configuración del terreno. Nunca los atrincheramientos de infantería se establecerán según una línea continua, sino que formarán entrantes y salientes, dejando lugares sin ocupar, otros más fuertes etc., pero procurándose que cada batallón defienda un sector particular, sin perjuicio de batir eficazmente los espacios intermedios.

Los lugares habitados y los puntos naturalmente cubiertos, aunque hace tiempo han perdido el gran valor defensivo que antes se les atribuía,

conservan alguno todavía, y sobre todo, será necesario ocuparlos á menudo, aunque no sea mas que para evitar queden interpuestos en la línea defensiva puntos favorables para el apoyo del enemigo, y sectores peligrosos indefensos.

Las máscaras son muy convenientes, pero se emplearán con moderación las de ramaje, porque dada la perfección de las cartas modernas, es muy posible que el adversario advierta que las plantaciones, montones de ramas, arbustos, etc., no son naturales, y esto le llevará á darse cuenta de la disposición de los atrincheramientos.

Las defensas accesorias han de servir para entretener al atacante bajo el fuego eficaz del defensor; no son muy favorables si el defensor se propone pasar pronto á la ofensiva. Los fuertes obstáculos artificiales delante del frente, no pueden tener otro objeto que el de ganar tiempo, ó el de mantenerse á toda costa en un punto, pero como el adversario procurará entonces rodear la obra, se deduce que tales defensas prestarán mejores servicios, en general, situadas á los lados del atrincheramiento. Respecto á su distancia á la obra, será la necesaria para que resulten sometidas al fuego más eficaz del defensor. Si se quiere facilitar la vigilancia y reducir la extensión de los trabajos, se las colocará cerca de los parapetos, pero si se desea ocultarlas al fuego de la artillería, será preferible alejarlas. En general, las minas terrestres se emplearán en combinación con otras defensas accesorias. Siempre es necesario tener dispuestos medios de atravesar las defensas y organizar un sistema de comunicaciones que faciliten la retirada de los reconocimientos y patrullas.

Los caminos de enlace son muy importantes. Se utilizarán los existentes y se abrirán otros nuevos, con preferencia enterrados, con objeto de que las tropas puedan pasar de unos sectores á otros, reciban refuerzos, municiones, víveres, etc.; se establecerán postes indicadores y luces durante la noche. Si la posición ha de estar mucho tiempo ocupada, se construirán vías férreas de campaña á lo largo de ella y con el interior.

Se recomienda especialmente la contra ofensiva en los casos que el defensor ignore ó tenga noticias insuficientes sobre la situación y propósitos del adversario. El comandante y las tropas han de estar siempre prontos á salir de sus posiciones, y para ello es indispensable que la tropa esté perfectamente organizada según los sectores, que la división en éstos sea familiar á todos, que en ellos haya tropas de todas las armas, que los jefes tengan en la mano á sus soldados y que estos sean maniobreros y aguerridos. Un ejército á la defensiva no puede prescindir de los servicios de la caballería, tanto para la exploración como para molestar y entorpecer la marcha del enemigo, destruir sus comunicaciones y observar los flancos.

El jefe del ejército empleará con gran parsimonia las tropas de primera línea, para reservarlas para el contra ataque, del cual no podría esperar

grandes resultados si lo encomendara á las tropas de segunda ó de tercera línea.

Un ejército á la defensiva necesita artillería pesada, tropas de zapadores con un parque de sitio, tropas de comunicación y alumbrado y los demás elementos técnicos. Para impedir la observación desde los globos ó dirigibles, son menester algunas baterías ejercitadas desde el tiempo de paz en el tiro contra aquéllos, las cuales estarán dispuestas en todo momento á romper el fuego, y podrán mantenerse en la línea avanzada y al descubierto, hasta que la artillería enemiga rompa el fuego.

En una posición de esta naturaleza, no puede prescindirse de numerosas y fuertes reservas, tanto para que el comandante en jefe pueda intentar las maniobras que juzgue convenientes, como para mantener el fuego sin intermitencias, mediante el refuerzo y relevo escalonado de las tropas que ocupan las trincheras. Durante la noche avanzarán las reservas del sector y se colocarán en primera línea las parciales de las unidades inferiores. A la reserva principal incumbe especialmente el desarrollar la contra ofensiva, por lo que ha de establecérsela detrás y cerca del punto que mejores condiciones reuna á dicho efecto; á menudo ese punto se encontrará en una de las alas, y entonces se reforzará más la otra por medio de la fortificación. La situación central de la reserva, no suele ser conveniente en los más de los casos.

A la artillería pesada le incumbe la misión de contestar á la artillería enemiga, mientras que la ligera de campaña se reservará para rechazar las acometidas de la infantería. Cuando esta última inicia el ataque, la artillería pesada continua disparando contra la adversaria, facilitando de este modo la entrada en acción de la ligera. En el momento del ataque, las piezas pesadas dirigen su tiro contra las baterías más próximas, que son las que apoyan directamente el ataque de la infantería.



GENERALES DE NAPOLEÓN

El *Militär Wochenblatt*, tomándolas de escritos de la época, reproduce las siguientes semblanzas de algunos generales de Napoleón que tomaron parte principal en la campaña de 1815. Los juicios no resultan muy favorables y confirman lo tantas veces dicho acerca del escaso mérito absoluto de los lugartenientes del Emperador.

Mariscal Mortier, Duque de Treviso

Es personalmente muy valiente, pero rara vez dispone de buenas cartas y entiende poco de Geografía. Se expone con indiferencia y se guarda poco, tiene escasa previsión y juicio poco penetrante. No ha dado muestras salientes de poseer aptitudes para la dirección de tropas, y no goza de la confianza del soldado. Es alto, delgado y esbelto.

General Conde d' Erlon

Antiguo ayudante del mariscal Lefévre, ha figurado siempre entre los revolucionarios. En lo mejor de la edad viril, es de mediana estatura, de rostro lleno y color sano. Hinchido de ardor, osadía y ambición, ha reemplazado algún tiempo al mariscal Lefévre como comandante en jefe de Baviera en el Tirol, y también mandó durante poco tiempo el ejército del Centro, en España. Por lo demás, casi siempre ha estado puesto á la cabeza de pequeños cuerpos de tropa, y por consiguiente no ha podido dar á conocer si posee aptitud para el mando de grandes ejércitos. Hay quien afirma que es accesible al soborno, y que jamás ha sido leal monárquico.

General Conde Reille

Es joven, valiente, buen administrador, de mediana estatura y porte agradable, adicto á Napoleón, del que ha sido ayudante en los últimos años, yerno del mariscal Masséna, cuyo ayudante fué. En la guerra de España mandó en Navarra como gobernador y, durante algunos meses, el ejército de Portugal, sin que llevara á cabo empresas importantes. Aunque por sí mismo no suele obrar, ejecuta las órdenes más arriesgadas con abnegación. Su caracter es dulce y agradable, y el soldado le ama.

General Conde Vandamme

Atormentado por el deseo de llegar á mariscal, nada le parece poco para obtenerlo, aunque en lo íntimo de su ser detesta á Bonaparte. Bastante alto y muy corpulento, es muy activo, de una firmeza inquebrantable, posee mucho amor propio y carece de generosidad. Aborrece á sus camaradas y éstos le aborrecen á él. Se ocupa mucho en las necesidades del soldado, pero éste le teme á causa de la dureza de su caracter. La guerra lo muestra como hombre de la profesión, pero no como hombre de grandes puntos de vista. En realidad es un oficial de vanguardia, temerario y siempre dispuesto á las sorpresas.

General Conde Lobau

Hijo de un panadero de Pfalzburgo, es muy adicto á Bonaparte, cuyo ayudante preferido era. Muy conocedor de las maniobras, pasa como excelente profesor, pero tiene poca experiencia de la guerra. Alto, de figura vulgar, es orgulloso, presuntuoso y está muy persuadido de su valer. Hasta ahora sólo ha mandado poco tiempo un cuerpo de ejército en la campaña de Sajonia, por lo que no es posible juzgar de sus cualidades militares, aunque todo induce á creer que no pasa de ser un mediano general. Duro é imperioso en los actos del servicio, no le quieren sus tropas. En cuestión de principios era jacobino cuando se casó con la señorita d' Arenberg, cuya madre era la princesa de Stolberg—Geldern.

General Barón Lamarque

Reflexivo, hábil, ingenioso, posee sin embargo pocos amigos porque es

de caracter adusto. De estatura mediana, ojos vivos y mirada penetrante, es más propio para el trabajo de gabinete que para el de campaña. Siempre colocado en puestos secundarios, se ha mostrado muy instruido y valiente, pero inspira poca confianza á sus soldados.

General Barón Alix

De nacimiento obscuro, pequeño de cuerpo, procede de Artillería y ha sido siempre considerado como ardiente jacobino. Dominante, emprendedor y atrevido, se vale de los medios más dudosos para alcanzar su objetivo. Ha ejercido poco el mando de tropas, pero no obstante se sabe que las suele disponer mal y que cae en los lazos que le tiende su enemigo.



UNA ALOCUCIÓN

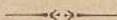
Costumbre ya generalizada y muy plausible es que la ceremonia de la jura de la Bandera se conmemore en todos los cuerpos de modo que deje honda huella en el ánimo de los reclutas y les inicie en una vida preñada de elevados ideales, muy diferentes del medio en que antes se desenvolvían aquellos, por lo general. A este efecto se extiende la práctica de entregar á cada recluta un recuerdo de la ceremonia, siendo el Regimiento Cazadores de Sesma, 22º de Caballería uno de los primeros que la implantaron. Su entusiasta Coronel, Sr. Blanco de Castro, ha dirigido este año á sus soldados la siguiente alocución, que con gusto reproducimos:

“¡Cazadores! Juráis á Dios y Prometéis al Rey defender vuestra bandera, seguirla y defenderla? Con verdadera fé y entusiasmo habéis prometido, contestando: *Sí juro*; y ese juramento os obliga á obediencia, subordinación y disciplina; á seguir siempre obedientes, subordinados y disciplinados á vuestros jefes y oficiales; á aprender cuanto os enseñan en la paz en el arte de la guerra, en el manejo y práctica de los armas de que os habéis de valer en el combate para llenar cumplidamente vuestra sagrada y sublime misión de verdaderos hijos de la patria, haciéndola respetar y defendiéndola.

“Únicamente así, permaneciendo siempre atentos, obedientes, subordinados y disciplinados ante la orden, ante la más ligera indicación, aun en el gesto de vuestros jefes y oficiales, lograréis la victoria, á que con paso firme y seguro seréis conducidos por ellos y, gallardos ginetes, firmes y aguerridos en vuestros caballos, sembraréis, con la simbólica carga que tanto electriza en los campos de batalla, la desolación, el espanto, la muerte con vuestras espadas, inscribiendo con la sangre por ellas vertida, páginas de inmarcesible gloria en el gran libro de la Historia Patria, cual la acabada de escribir en la reciente campaña de Melilla—Africa—y acción de Taxdirt con su proceder heroico por nuestros disciplinados compañeros

de Arma á quienes la suerte destinó allí en el Regimiento de Cazadores de Alfonso XII, merecedores de justísima loa, imitación y alabanza.

“Cazadores: Habéis recibido hoy el bautismo que os abre las puertas á la religión del honor, que en el Arma de Caballería se profesa, rindiendo culto fervoroso á nuestro Estandarte. VALOR, DISCIPLINA Y LEALTAD es el lema del Regimiento, de cuantos á él han pertenecido y pertenecen; practicad siempre estas nobles virtudes que tanto os enaltecen y han de enaltecer para con la amada Patria, y sólo cumpliendo de este modo podréis contar en todo caso con el amparo y protección de vuestros Jefes, Oficiales y Coronel “*Blanco de Castro*”



NUEVO CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA MILITAR

VI

ESPÍRITU DE ARMA

La primacía de la enseñanza militar no consiste tan solo en la formación de una voluntad presta al sacrificio y en el moldeo de una inteligencia adecuada á las necesidades del ejército; debe infundir afectos al Arma, entonar las glorias que tuvo, embellecer los prestigios que nacen.

Una buena enseñanza militar no descansa en la ciencia que se cultiva, en los conocimientos que se difunden, en la rigidez que se obliga, en la disciplina que se impone; la enseñanza militar ha de inocularse sentida en el alma, noble en su expresión, fulgurante en su contacto con el medio social; la enseñanza no debe hablar tan solo á las facultades intelectivas, que si á veces gobiernan es porque llevan como hélice de su marcha una moral entusiasta, un sentimiento generoso, un caracter de intensiva pureza.

La enseñanza militar necesita del influjo altruista del corazón para ser apta, necesita de la fecundidad del espíritu desinteresado, necesita del caracter digno y emulativo para corresponder á su fin; la enseñanza militar, con la frialdad en su expresión y el desfallecimiento en su fondo, conduce á que las idealidades nazcan tímidas y anémicas, á que las energías se produzcan disgregantes ó equívocas, á que las aptitudes se oreen en atmósferas de triste desconsuelo.

La enseñanza, pues, tiene un doble objetivo: mantener constante y útil el concepto intelectual y el militar; é impresionar con toda pureza el sentimiento individual en servicio del Arma y en defensa de sus prestigios. Ambos conceptos deben ser correlativos; el primero ya hemos expuesto cómo puede ser desarrollado; el segundo indicaremos cómo ha de iniciarse.

Al llegar los alumnos de nuevo ingreso á la Academia su incorporación revestirá los caracteres de una fiesta de familia, en la que todos á porfía se esmerasen á hacer satisfactorio ese momento decisivo para el alumno; pues no debe olvidarse que la transición de la vida familiar con todos sus cuidados, con todos sus amores y con todos sus encantos, á la vida militar exigente y exenta de ternuras, crea un estado psicológico favorable al tedio, predispuesto al alejamiento de la milicia, inadecuado á percibir con agrado las primeras manifestaciones del funcionamiento académico; y según sea el carácter que obre sobre esa timorata y recelosa materia, así ésta será más ó menos sensible á posteriores percepciones.

El comienzo, pues, de esa vida militar, cuajada de dudas y encerrada en horizontes difusos, debe ser para el neófito la visión esplendorosa de lo que ha sido y el incentivo mágico de lo que puede ser; ha de llegar á su alma, penetrante y ardorosa, con la efusión de sus compañeros, con la educación en el ambiente, con la caballerosidad en el detalle.

Secuela de ese recibimiento será el destierro de la novatada: al amigo se le deben otorgar los beneficios de un afecto, que ensalce y que no deprima; al compañero se le deben rendir los tributos de una lealtad que segregue dignidad y no vierta rencores en el alma. La novatada ha de ser substituida, por lo tanto, por una recepción cariñosa, por un abrazo de sinceridad; la educación es opuesta á la novatada que solo cabe en quien no concibe sino imposiciones atentatorias á la caballerosidad.

El feliz término de la estancia en la Academia asimismo debe ir acompañado de un goce por entrar en el Cuerpo de Oficiales y de un sentimiento por alejarse de la vida íntima y fraternal de sus compañeros; y así como el ingreso del Cadete constituyó motivo de júbilo, el ascenso á Oficial será acompañado de actos que perduren en la memoria, de ofrecimientos que se sientan en el corazón.

¿Cuál será la significación de esas manifestaciones? Su objetivo debe tender á una adoración intensa y exterior por el Arma, á un rendimiento perpetuo en palabras y acciones, á un homenaje que extienda respetos y fervores por doquier; su objetivo debe ser la fusión íntima entre esperanzas fomentadas y prestigios necesarios, entre riquezas de sentimientos y esplendideces necesitadas.

Cuantas demostraciones puedan concurrir á sellar en el alma las plácides académicas con las ilusiones juveniles serán otras tantas ofrendas para el Arma; cuantos actos inciensen las glorias de la Patria serán otros tantos tributos rientes y luminosos para el hoy que nos embarga ó para el mañana que nos solicita.

Bien venidas sean, pues, esas fiestas adorables en las que se abracen la juventud alborozada y devota del Arma con sus maestros respetados y queridos; fiestas que engendraran campeones en imberbes estudiantes,

que produjesen vivas emociones en el alma, que iniciasen fecundas iniciativas.

Pero el espíritu de Arma, radiante en esos acontecimientos, necesita de esfuerzos continuos, de sacudidas oportunas, de prendimientos acertados; el espíritu de Arma no puede ser obra de un estudio ni efecto de una imposición; el espíritu de Arma debe vivir en el corazón, enroscarse á la voluntad, confundirse en el entusiasmo, mostrarse interventor en la energía; el espíritu de Arma se infiltrará á diario llevado en brazos de la moral más sugestiva y de la justicia más respetada.

El espíritu de Arma se impondrá amoroso y abnegado con la autoridad que presta el saber, con el cariño que produce la perfecta educación, con el conocimiento que se desprende de una vida social sostenida y decente; el espíritu de Arma no será, pues, el fruto de una enseñanza reglamentada, sino la idea imbuída con paciencia, administrada con pasión, expuesta con gallardía.

Queremos un espíritu de Arma que se filtre en el ánimo del alumno por la persuasión y por el ejemplo, que llegue á su yo revestido con formas nacarinas, que se escude orgulloso en el fondo de su alma, que sea freno para sus arrebatos; queremos que ese espíritu de cuerpo mantenga abierta su inteligencia, altivos sus deseos, puras sus intenciones, frescas sus ideas, moderadas sus reprensiones; queremos que ese espíritu de Arma sostenga briosa su dignidad, cristalina su conciencia, perenne su caballeridad.

El espíritu de Arma se vertirá en el ánimo del alumno durante las clases y en todas las solemnidades; y para su consecución el profesor acudirá constantemente á las visiones del pasado, á las realidades del presente, á las exigencias del mañana.

A todo trance hay que hacer espíritu de Arma, pero no lánguido y prisionero, sino con entusiasmos delirantes; un espíritu que siendo grande por todos sea protector para todos; un espíritu que sea encarnación de felices iniciativas, depósito de una fe ciega y obediente, santuario de nuestros deberes y orgullo de nuestros trabajos.

No sean solamente la ciencia y la milicia las que regulen la formación de nuestra oficialidad; acudamos al alma vistiéndola de ardores por el Arma, de anhelo por su brillo; cinceleemos esa alma con las glorias del pasado, con las bellezas de sus héroes, con los cantos de su vencimiento; volquemos sobre ella florescencias de antaño con sus crepúsculos de oro, con sus encantos emotivos; mostrémosla las mortecinas alabanzas de hoy y las dolorosas mutilaciones que desgarran su existencia.

El alumno oirá á diario lo que fué, es y será el Arma, el profesor la presentará arrogante unas veces y postrada otras, erguida en los triunfos de unos ó doliente con las torpezas de otros; el Arma la contemplará con la palabra de su profesor en los trabajos de los virtuosos, en los méritos

de los constantes, en el sacrificio obscuro y en la disciplina ejemplar; y admirando lo bueno y aplaudiendo lo hermoso su corazón se hará sano, obediente y agradecido.

Acompañen al caudal de conocimientos una grandeza de alma moderada para la Infantería y enaltecida por la más exquisita educación, por la más delicada dignidad; toda obra en este sentido será grandiosa y fructífera.

VII

NUESTRO PROGRAMA

De acuerdo con lo establecido en anteriores capítulos proponemos un programa de estudios basado en las siguientes consideraciones:

Ejercicio. Lo incluimos como necesario para contrarrestar la debilidad corporal, el decaimiento en la voluntad, la languidez en la atención; como trabajo que aleje la pesadumbre, que produzca la alegría, que ahuyente el dolor; como reparación á la actitud sentada, al desgaste intelectual.

El ejercicio comprenderá dos partes; una, exterior ó de campo; y otra interior ó acompañante del estudio.

La primera, constituida por la gimnasia (foot-ball, juego de pelota, barra, salto, etc.) tendrá por objeto la actividad muscular, toda vez que los músculos son acumuladores de oxígeno; pero sin aspirar al ejercicio violento y á la educación atlética que acaban por invadir los trabajos del pensamiento, enervando la inteligencia y retrocediendo á la animalidad. El ejercicio, pues, no debe ser extenuante sino que ha de producir esfuerzos físicos correlativos con las energías intelectuales.

La segunda es la gimnasia del pulmón esclavizado durante el estudio. En la edad de nuestra juventud es precisamente cuando la capacidad respiratoria necesita mayor superactividad; la actitud encorvada durante un estudio largo conduce á la anquilosis de las costillas, al fenómeno demostrado por Marey de que el ritmo de la respiración permanece modificado hasta en el reposo subsiguiente á tales ejercicios un tanto prolongados.

Para remediar este mal nada mejor que la gimnástica respiratoria consistente en amplias inspiraciones; de este modo se provoca la rectificación de la columna vertebral, "mediante la cual las costillas describen de abajo á arriba un segmento de círculo sensiblemente mayor que el segmento habitualmente recorrido.", En este sentido se interrumpirá periódicamente el estudio para trabajar cada individuo con pesas gimnásticas.

Asimismo, para evitar la posición encorvada durante el estudio y favorecer el desahogo del pecho y la libertad en los movimientos respiratorios, los libros se asentarán sobre facistoles de sencilla construcción y fácil manejo.

Reposo. No ha de constituir un objeto sino un reactivo de nuestras energías; por eso, el reposo debe estar bien estudiado en sus diversos estados, sueño, paseo, trabajo corporal, trabajo intelectual, etc.

El reposo más fundamental es el sueño. “Desgraciadamente—escribe Payot—la cuestión del sueño es una de las más embrolladas por ideas falsas; con la manía de reglamentarlo todo, con una autoridad tanto más visible cuanto que su ciencia solo consiste en un manejo de leyes empíricas, los higienistas limitan á seis ó siete horas el tiempo del sueño; la única regla aplicable es no atenerse sino á una muy general, á saber: no acostarse demasiado tarde y saltar de la cama en el momento de despertar.”

El reposo en el sueño ha de estar reglado de manera que en todo momento se conserve la frescura de la inteligencia y el vigor en la voluntad; prolongado más allá del tiempo necesario espesa la sangre y empeza el espíritu.

El reposo en el paseo es la asimilación de la labor intelectual, la cristalización de las ideas adquiridas, la vuelta á su normalidad de las corrientes sanguíneas. “Es necesario trabajar, amigo mio,—dice Töpfer—y después no hacer nada, ver el mundo, tomar el aire, callejear, porque así es como se digiere lo que se aprende, como se observa, como se enlaza la ciencia á la vida en lugar de enlazarla solo á la memoria.”

El reposo en el trabajo intelectual no es otra cosa sino el jugo auxiliar para la asimilación de ideas, la sensación de bienestar en el cerebro, la intensidad rítmica en el sistema nervioso; el esfuerzo mental no necesita impulsiones enérgicas y prolongadas, sino percepciones intensas é intermitentes; de aquí que todo trabajo intelectual exige un reposo necesario para mantener en equilibrio el sistema vital, para llevar exuberancia al estudio, para prestar mayor solidez á las concepciones asimiladas.

En nuestro plan el reposo es consciente, anímico, vigorizador del trabajo intelectual, agente activísimo del sistema nervioso; aparece tras un esfuerzo, no como descanso infecundo ó cual expresión de laxitud, sino como tónico agradable, como canto de triunfo del trabajo útil y equilibrado.

(Concluirá)

ANTONIO GARCIA PEREZ

Capitán Profesor en la Academia de Infantería,
con la aptitud acreditada de E. M.